

restres y las esferas armilares y los astrolabios y las clepsidras en las escuelas, y completaron los relojes añadiéndoles el péndulo, cuyas oscilaciones habían de notar más tarde las sinfonías de los mundos y las afinidades y los amores de la atracción; construyeron los primeros observatorios astronómicos en torres tan gallardas como la Giralda bética, y revelaron la refracción de la luz en nuestra atmósfera por medio de observaciones profundísimas; trajeron las bases de la óptica moderna, y siglos antes de las experiencias de Torricelli, adivinaron la gravedad del aire y las diversas densidades de sus alturas; impulsaron no solamente la ciencia de las estrellas sino también la ciencia de las ideas, esparciendo en Provenza, en Toscana, en Sicilia, en los templos del pensamiento, aquella filosofía, por cuyos cánones vivió y se amestró la Edad Media. Las gentes de los más remotos climas vinieron á nuestras universidades; los astrónomos de las más variadas naciones calcularon por las tablas alfonsinas y admitieron el meridiano de Toledo; una prosa sabia, en la cual se escribieron obras magnas como las Partidas, fijóse antes que

se fijaran la prosa italiana, francesa y británica; las ideas, todas del siglo décimocuarto refluyeron á la mente de Lulio, cima á la sazón del mundo intelectual, cima que da vértigos; antes de Bacon llamaba Vives el entendimiento á la experiencia contra las abstracciones y arbitrariedades escolásticas; al par de Descartes buscaba Pereira las bases incommovibles de la certidumbre psicológica; precediendo á Harvey, descubría Servet la circulación de la sangre, casi al mismo tiempo que nuestros navegantes completaban la vida planetaria con sus invenciones de continentes y archipiélagos, las cuales evocaban nuevos edenes, nuevos hemisferios, nuevos astros, nuevas constelaciones, en los inmensos espacios del cielo y florescencia universal en los profundos senos de la tierra.

Á estos admirables timbres aun reuniremos otros mayores el día que pongamos todas nuestras virtudes á servicio de lo único que puede avivar hoy el ánimo de las naciones, á servicio del espíritu moderno. Como alternan los vientos ardentísimos y fríos en nuestras estaciones; como resaltan las sombras y la luz en nuestros horizontes; de igual

suerte suelen sucederse cambios en nuestros destinos y tránsitos de edades procelosas y tristes á edades afortunadas y serenas. Más amigos del combate que del trabajo; más confiados en los favores de la fortuna que en las acumulaciones del ahorro; difíciles á los rigores de la disciplina social y fáciles á los llamamientos de las aventuras fabulosas con tal que las cohoneste y las justifique el valor; poco previsores en los negocios públicos y en los particulares; apasionados y entusiastas por extremo; creyentes, y como tales, si inaccesibles á la duda, nada duchos en el examen prolijo de las ideas y de las cosas; á cambio de esto, reunimos aptitudes cual ningún otro pueblo; reunimos á la vehemencia la constancia; á la viveza del sentimiento la energía de la voluntad; á las más profundas convicciones respecto de la fundamental igualdad humana los puntos de honor congénitos con nuestra altivez y dignidad nativas; á los instintos democráticos, los instintos caballerescos; á la independencia personal, afecto devotísimo por la patria; á la lucidez de la inteligencia, tan extensa como perspicua, el brillo de la fantasía, tan po-

derosa como fecunda; á la intuición soberana, el carácter reflexivo; á los arrebatos y á los impulsos, la resistencia, el menosprecio por los intereses de un día, la inclinación al sacrificio; al ardor de la sangre meridional, la frugalidad más austera; á cierta complejión de penitentes, y á un orgullo que no mide los obstáculos, como en el esplendor de nuestra atmósfera luminosa apenas pueden medirse las distancias, y á un idealismo tan etéreo que mantiene nuestra aptitud para todo, hasta en medio de todas las decadencias, incontrastables aspiraciones á lo extraordinario, aunque raye en lo imposible, y necesidades continuas del drama, hasta en la vida vulgar y del esfuerzo aunque sea en la guerra: calidades, las cuales, en medio de los adelantos de su industria y de su política y de sus riquezas, exigirá y necesitará Europa algún día para enardecer en el sentimiento su corazón algo aterido, y caldear su razón, sobrado positiva, en las virtudes que suscita la fe y que conservan el entusiasmo y el amor, esos generadores de todas las sublimes y duraderas grandezas.

Así España ha cansado á la historia. Ni la

captó el cartaginés, sino después de haber salvado su honor en las llamas de Sagunto; ni la venció el romano, sino después de un combate que durara centurias, cuando dos batallas bastaban para descorazonar á los heroicos galos que subieran al Capitolio y mesaran las barbas de los senadores, y un paseo para sojuzgar á los pictos y á los britanos. Nuestros fuertes cántabros preferían el suicidio en las amargas ondas, á testificar con su terrible presencia, en la vía-sacra, el cautiverio y la derrota; y nuestros cultos andaluces vencían á los vencedores del orbe, dándoles sus primeros Césares, sus primeros filósofos, sus primeros dramáticos y sus primeros épicos. Sintética como nuestra tierra, nuestra raza unió antes que ninguna otra los residuos de la cultura latina con la sangre de la gente goda y la severa idealidad católica con los sensuales estros del Oriente. Cada provincia escribió una epopeya: si Cantabria detuvo á los romanos, Asturias á los árabes, Galicia á los normandos, Navarra á los francos; y las gentes que bajaban del Pirineo calzadas con toscas abarcas, y los mercaderes que anudaban el comercio moderno en

Barcelona, dilatáronse por el Ebro, por cuyas frescas riberas combatían y trabajaban, dilatáronse por el Mediterráneo y sometieron mil regiones célebres por su vieja historia, mientras las gentes de Andalucía y Extremadura se dilataron por el Océano y dieron á la tierra nuevos mundos. El planeta entero guarda por todas partes testimonios, como del fuego creador, del genio español. Sin desconocer nuestras deplorables empresas contra gran parte de los progresos modernos; sin olvidar la guerra insensata declarada por nosotros á la más necesaria de todas las libertades, á la libertad de conciencia; maldiciendo y abominando, con toda nuestra alma, de la inquisición y del absolutismo, capaces de agotar fuerzas tan gigantes como las fuerzas de nuestra raza, debemos decir que, á pesar de tales errores, dejamos en todas partes testimonio de nuestra nativa grandeza. No podéis ir á la cuna del sol sin hallar la estela de las naves lusitanas, ni al ocaso del sol sin encontrar la estela de las naves españolas; pues sin exageración puede decirse que la Península ibérica ha redondeado el planeta y ceñído,

como de un zodíaco indeleble, con la guirnalda de sus hazañas y de sus glorias. Los árboles de la India asiática murmuran las estancias de Camoens y las ondas del Cabo de las Tormentas el nombre de Gama; los fuertes legionarios que acampan á las orillas del Danubio por las llanuras de Rumania, aquellos legionarios de Trajano, cuyos féreos pechos opusieron como vivas murallas tanta resistencia á las irrupciones bárbaras, consagran religioso culto á su patria, Sevilla, y suspiran por el Guadalquivir, el río de sus padres; la hermosa Grecia no puede olvidar que, en la Edad Media, supimos defenderla contra sus enemigos con las huestes catalanas y aragonesas, mientras que en la Edad Moderna despertarla al combate por su independencia con la voz tonante de nuestras revoluciones; la prestigiosa Constantinopla sabe que la espada de los guerreros españoles flameó sobre sus cúpulas y detuvo por un siglo la media luna ante la cruz de Constantino, y las misteriosas Anadolía y Armenia ostentan las barras grabadas en sus riscos por el buril inmortal de la victoria; dice la isla que oyó el pensamiento

de Pitágoras y el cántico de Teócrito, cómo vivió feliz y libre bajo nuestro techo cinco siglos, y cuenta la sirena del Tirreno, la helénica Partenophe, en sus playas resonantes, cómo le dimos la salud con los trabajos hercúleos que disecaron sus pestilentes lagunas, y la libertad con las batallas sangrientas que destruyeron á los tiranos angevinos; por los muelles de Venecia se ven á la luz del cielo, reverberado por las aguas del Adriático, en los brillantísimos cuadros, donde cruje la seda y brilla el tisú, entre los patricios republicanos, á los héroes de Lepanto, y por las anchas y marmóreas escaleras del palacio de Andrea Doria, en Génova, tan española por su carácter como por sus recuerdos, al través de las florestas, las velas y los gallardetes de nuestras escuadras; Túnez, Trípoli, Orán, Argel, guardan memoria de nuestro esfuerzo, como Tánger, Ceuta, Tetuán, blasones de nuestras coronas; el mundo americano murmura que los españoles tuvieron la revelación de su ignorada existencia y exploraron ríos como el Amazonas y el Mississipí, y subieron á cordilleras como los Andes, y confiaron por vez

primera el nombre de su Criador á las selvas, cuyos árboles parecían pertenecer á los primeros días de la creación, y fundaron esos coros de ciudades extendidos desde la Carolina y la Virginia hasta Chile y el Perú; las aguas del Pacífico publican que la nave *Victoria* surcó por vez primera sus senos; que el estrecho de Magallanes en la tierra y la cruz de Magallanes en el cielo, designan y califican eternamente el hemisferio austral; que nuestras manos, las manos de los portugueses y de los españoles unidas de India á India, redondearon el planeta, y que nuestros pilotos dieron por vez primera la vuelta al mundo y circunnavegaron los mares; hazñas las cuales despiertan este amor exaltado á la patria, esta furia en defenderla contra toda agresión, de tal suerte sublime y heroica, que doquier se combate por el hogar y la familia, por los dioses lares y la independencia nacional, los griegos en Misolhóngui, los rusos en Moscou, los polacos en Varsovia, los franceses en París, los venecianos entre las bombas austriacas, los búlgaros bajo el turco alfanje, pronuncian como un numen el nombre de España, y se

evoca como un talismán la sombra de Zaragoza y de Gerona, para alentar á los héroes en sus terribles combates y consolar á los mártires en sus cruentos sacrificios.

Pero sobre todas nuestras creaciones se levanta la creación por excelencia del ingenio español, se levanta nuestra lengua. De varias y entrelazadas raíces; de múltiples y acordes sonidos; de onomatopeyas tan místicas que abren el sentir á la adivinación de las palabras antes de saberlas; dulce como la melodía más suave y retumbante como el trueno más atronador; enfática, hasta el punto de que sólo en ella puede hablarse dignamente de las cosas sobrenaturales y familiar hasta el punto de que ninguna otra le ha sacado ventaja en lo gracioso y en lo picaresco; tan proporcionada en la distribución de las vocales y de las consonantes, que no ha menester ni los ahuecamientos de voz exigidos por ciertos pueblos del Mediodía ni los redobles de pronunciación exigidos á los labios y á los dientes del Norte; libre en su sintaxis de tantas combinaciones que cada autor puede procurarse un estilo propio y original sin daño del conjunto; úni-

ca en su formación, pues sobre el fondo latino y las ramificaciones céltas é ibéricas ha puesto el germano algunas de sus voces, el griego alguno de sus esmaltes y el hebreo y el árabe tales alicatados y guirnaldas, que la hacen sin duda alguna la lengua más propia, tanto para lo natural como para lo religioso, la lengua que más se presta á los varios tonos y matices de la elocuencia moderna, la lengua que posee mayor copia de palabras con que responder á la copia de las ideas; verbo de un espíritu, que si ha resplandecido en lo pasado, resplandecerá con luz más clara en lo porvenir, puesto que no sólo tendrá este territorio y estas nuestras gentes, sino allende los mares, territorios vastísimos y pueblos libres é independientes, unidos con nosotros así por las afinidades de la sangre y de la raza, como por las más íntimas y más espirituales del habla y del pensamiento, cuya virtud nos obligaría ciertamente á continuar en el Viejo y en el Nuevo Mundo una historia nueva, digna de la antigua y gloriosísima historia. Señores académicos, creedlo, no puede ejercerse ministerio más patriótico que el ministerio de

velar por la pureza de nuestra lengua. Cuanto más vivimos, señores, más nos penetramos de que la sociedad y la naturaleza componen sus armonías de sus contradicciones. Como se necesitan la atracción y la repulsión en los mundos, el flujo y el reflujo en los mares; como se necesitan fuerzas que produzcan lo general, las especies, y fuerzas que produzcan lo particular, los individuos; como se necesitan y se completan la unidad y la variedad en el arte, necesitanse y completanse las instituciones indispensables á la conservación y las instituciones indispensables al adelanto de las sociedades humanas. Nosotros, como academia, somos instituto de conservación y de estabilidad. Dejemos á la espontaneidad de los individuos y á las genialidades de la inspiración personal todas las innovaciones y reduzcámonos en cuerpo á conservar incólume un habla que puede admitir el progreso moderno sin perder su natural antiguo. Hubo un tiempo en que estragada por la servil imitación francesa, parecía condenada nuestra lengua á perder la libertad de su sintaxis y la propiedad de su analogía, trocándose de rica y majestuosa,

por olvido y desuso de sus mejores voces y giros, en tosca y pobre. Mas nuestros días blasonan con justicia de un renacimiento en el culto á la lengua nacional y de una sujeción voluntaria al estudio de sus eternos modelos. Demos, pues, nosotros todas nuestras fuerzas al propósito de despertar y mantener estas buenas inclinaciones, que sacando al habla de los altos y bajos por que acaba de pasar, la pongan allá en las cumbres de la buena andanza. Divididos por nuestras creencias políticas y nuestras creencias científicas; afiliados bien ó mal de nuestro grado en bandos irreconciliables la mayor parte de nosotros; con nuestros agravios y nuestras heridas, cosecha natural de revoluciones y guerras civiles sin cuento, aun abrigamos afectos, en los cuales pueden confluír todas las vidas, entenderse todas las inteligencias, juntarse todos los corazones; aun conservamos algo que nos acerca y nos identifica; como si tuviéramos una sola alma. Todo cuanto hemos querido y todo cuanto hemos respetado en el mundo, pertenece á esta nuestra tierra. De su jugo es la sangre que corre por las venas, de su polvo la cal que

compone los huesos, de su luz el celeste resplandor que llevamos en la frente; no podríamos vivir nuestra vida lejos de sus hogares, que han recogido las lágrimas de nuestras santas madres y el suspiro de nuestros primeros amores, y no podríamos dormir el sueño de la muerte fuera de sus sepulturas, que guardando los huesos de nuestros progenitores, guardan las raíces del propio organismo; para pensar necesitamos de su lengua, y para cantar y para rezar, para explayarnos en lo infinito, huyendo de las limitaciones de esta vida contingente, sus poesías y sus plegarias; alimentamos nuestros cuerpos con los frutos de sus campos y nuestras almas con las tradiciones de su historia; por consiguiente, prometamos y juremos que nunca nos parecerá costoso ningún sacrificio hecho en aras de su grandeza, y que nunca podrá separarnos ningún suceso del común sentimiento, que á todos nos confunde en uno solo sobre este suelo sagrado, del eterno amor á nuestra patria.

He dicho.

(Última parte de su discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua. 25 de Abril, 1880.)